

La campaña de Baudin a tierras australes

Cristina G. de Uriarte

Calificado por el célebre Jussieu como el mayor navegante y naturalista de todos los tiempos, Nicolas Baudin ha sido, y sigue siendo, un desconocido para la mayor parte de sus compatriotas. Si bien es cierto que su trayectoria profesional se vio muy pronto eclipsada por su reputación de persona autoritaria, cruel y obstinada –a la que contribuyó la visión que de él aportaban tanto el relato oficial de la expedición a tierras australes como los testimonios de algunos naturalistas–, no lo es menos que la idea que se tenía de él se solía limitar a la del explorador que había encontrado por azar al también navegante Matthew Flinders cerca de Adelaida mientras efectuaba el reconocimiento de la costa australiana. Por aquel entonces, a punto de finalizar el siglo XVIII, se ignoraban aún determinados aspectos del continente ubicado en el Pacífico, cuya búsqueda había movido a gobiernos, marinos y hombres de ciencia y había alimentado no pocas leyendas y fabulaciones. Fue, precisamente, Baudin quien completó su cartografía e identificó un elevadísimo número de animales y plantas.

Al igual que había ocurrido con el responsable de la campaña, durante mucho tiempo los estudios sobre la exploración del continente austral ofrecieron una lectura sesgada de los acontecimientos, y no será hasta la segunda mitad del siglo XX cuando vean la luz trabajos objetivos y rigurosos. Más recientemente, coincidiendo con el segundo centenario de la expedición, se han sucedido, tanto en Francia como en Australia, exposiciones, conmemoraciones y reuniones científicas, a las que hay que añadir la edición a cargo de Jacqueline Bonnemains del diario personal de Baudin, cuyo manuscrito formaba parte de los fondos de los Archivos Nacionales de Francia. Este documento, aunque inacabado, fue dictado por Baudin a las



personas que en diferentes ocasiones hicieron las veces de secretarios y es complementario del diario de a bordo, escrito esta vez por el propio marino, que, curiosamente, ha sido editado con posterioridad a la traducción al inglés realizada por Christine Cornell en 1974.

Por lo que respecta a su vida, sabemos que Nicolas-Thomas Baudin nació en la isla de Ré el 19 de febrero de 1754 en el seno de una familia numerosa y que su padre se dedicaba al comercio, pero carecemos de datos relativos a su infancia. Ingresó muy joven en la Marina Real donde participó en varias campañas, entre ellas la guerra de Independencia de los Estados Unidos, aunque su desacuerdo con algunas resoluciones adoptadas por las autoridades le llevaron a presentarse voluntario a la Marina del emperador de Austria, José II, que por entonces estaba reclutando oficiales. De este modo, en 1786 emprendió, a bordo de *La Pepita*, una campaña financiada por el emperador y cuyo destino era el océano Índico. Durante una escala imprevista en el Cabo de Buena Esperanza tuvo lugar un hecho que resultaría crucial para el navegante francés y determinaría el futuro de su carrera, orientándolo hacia la botánica: el encuentro con Franz Boos, jardinero jefe del emperador austriaco, que ya había concluido sus herborizaciones y estaba esperando la oportunidad de embarcar de nuevo. Fue Baudin quien llevó al científico y sus colecciones de regreso a Europa.

En los años siguientes compaginó su actividad mercantil en distintos lugares del mundo con el estudio de la historia natural, adquiriendo una importante notoriedad como marino y científico. Cuando en 1796 Francia declaró la guerra a Austria, Baudin decidió reintegrarse a la Marina francesa. Ese mismo año encabezó una expedición a las Antillas a bordo de *La Belle Angélique*, cuyo objetivo consistía en recuperar una colección de historia natural depositada con anterioridad y recoger muestras en otros lugares. Los graves daños que un fuerte temporal causó a la goleta obligaron al capitán a realizar una escala en Tenerife que, a su pesar, se prolongó algo más de cuatro meses; para los naturalistas que lo acompañaban, sin embargo, esta estancia forzosa sería de gran provecho. Pocos años después, en 1800, Baudin emprendió la que sería la campaña más prolífica del momento en el Pacífico y que, lamentablemente, no pudo concluir, pues fallecería en el tornaviaje, concretamente en Isla Mauricio.



Aunque el plan originario del viaje de exploración a tierras australes había sido reducido, el propósito primordial seguía siendo muy ambicioso, nada menos que efectuar el reconocimiento del litoral australiano y sus alrededores, esto es, más de 5.000 leguas de costas hasta entonces desconocidas o casi desconocidas. Pero el programa definitivo incluía, además del levantamiento cartográfico del territorio y de la creación de colecciones botánicas y fáunicas, el análisis de las relaciones con las Indias neerlandesas, puesto que para Francia representaba la última oportunidad para establecerse en un territorio del que se sabía muy poco y del que ya los



Nicolas Baudin.

ingleses obtenían beneficios económicos. De ahí que las convulsiones políticas y sociales que azotaban el país en aquel momento no impidieran que Bonaparte diera el visto bueno para la realización de la campaña, que contó, además, con considerables medios económicos y humanos. Este último aspecto fue uno de los que más llamó la atención, ya que para llevar a cabo las observaciones de mineralogía, zoología y botánica fueron designados más de veinte científicos. Esta cifra tan elevada, con la que tampoco estaba de acuerdo Baudin, no solo constituyó una decisión inusual, sino también, como demostró la experiencia, desafortunada, ya que fue la desencadenante de no pocos conflictos desde los primeros momentos de la navegación.

En otro orden de cosas, tanto el capitán como los hombres con alguna responsabilidad en la expedición tenían la obligación de recoger por escrito el detalle de sus actividades. En una carta del ministro de Marina a Baudin se indica claramente que los diarios son propiedad del Gobierno y que al



término de la campaña ningún tripulante podrá desembarcar sin entregarlos a su capitán. Esta documentación, a la que hay que añadir las relaciones de viaje publicadas por varios naturalistas, constituye una información valiosísima que permite conocer el desarrollo de una de las campañas más importantes de la historia de la navegación.

En un ambiente de festiva curiosidad, avivada por la fanfarria militar y las salvas de cañón, la corbeta *Galatée* y la gabarra *La Menaçante*, rebautizadas con los nombres de *Le Géographe* y *Le Naturaliste* respectivamente, zarparon de El Havre el 19 de octubre de 1800. El 2 de noviembre, tras catorce días de navegación, la corbeta, bajo las órdenes de Baudin, y la gabarra, al mando de Hamelin, efectuaron una primera escala técnica en Santa Cruz de Tenerife con el único fin de abastecerse de agua, vino y productos frescos. La proximidad de las costas canarias despertó en los científicos una enorme expectación en la que se fundían los ecos de lecturas previas con las ilusiones alimentadas durante la travesía. El dibujante Milbert, que abandonó la campaña en Isla Mauricio y a quien pertenece el testimonio más lírico y apasionado de esta experiencia viajera, describe así el instante en el que se perciben, por primera vez, las Islas:

La vista de estas tierras tan desconocidas para mí, su reputación, esa montaña tan célebre por su altura, ese volcán que arde desde hace tantos siglos y que parece encontrar provisiones inagotables, todo eso me prometía un espectáculo espléndido y sublime.

En esta primera escala desembarcaron algunos hombres, lo que no supuso un contratiempo importante, pues unos estaban enfermos y otros "no servían para nada", según su capitán. Como era habitual, nada más fondear la embarcación, Baudin recibió la visita del gobernador y de los oficiales de Sanidad y se puso en contacto con el cónsul de Francia, Auguste Broussonet, con quien las relaciones fueron especialmente cordiales. Fue él quien se encargó de realizar las gestiones relativas a la adquisición del vino, cien pipas, para lo que Baudin había recibido de su Gobierno 25.000 francos. Sin embargo, el elevado precio que exigían los comerciantes, por una parte, y la poca cantidad disponible, por otra, obligaron al capitán a

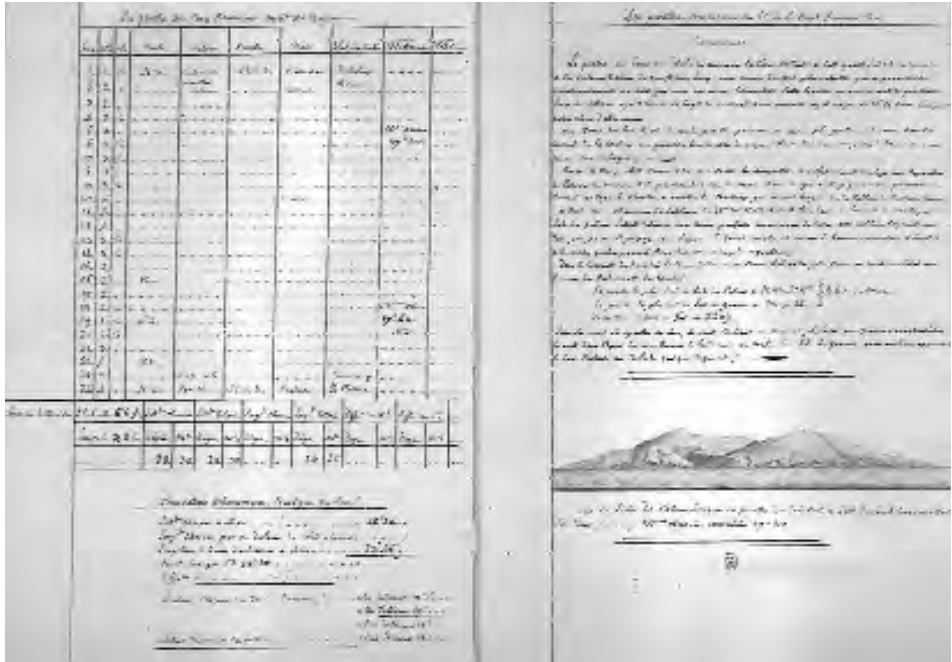


conformarse únicamente con veinte pipas, por lo que decidió comprar algo de cerveza. Tampoco fue tarea fácil conseguir los alimentos necesarios para proseguir la travesía, puesto que no solo hubo que esperar más tiempo del previsto a que llegara el pedido procedente de Gran Canaria, sino que, además, estaba incompleto. Afortunadamente, las provisiones que faltaban pudieron suplirse con las que había enviado el marqués de Nava, a quien Baudin, como muestra de agradecimiento, obsequió con una de las medallas conmemorativas de la expedición. Estos contratiempos, a los que se sumaron otros, como el hecho de que siete tripulantes contrajeran enfermedades venéreas, prolongaron innecesariamente la duración de la escala y causaron un profundo malestar en Baudin, que temía no poder alcanzar Isla Mauricio en el tiempo estipulado.

Mientras tanto, y a pesar de los comentarios del comandante de la expedición acerca de la inutilidad de realizar observaciones en un lugar tan conocido como el Archipiélago, los científicos se dispusieron a aprovechar el tiempo disponible. Así, por ejemplo, Péron y Bory de Saint-Vincent herborizaron juntos, al igual que Michaux que, acompañado por Broussonet, también experto botánico, se adentró en los bosques laguneros; Levillain, por su parte, regresó un día con el sombrero cubierto de insectos con alfileres, “lo que le daba un aspecto muy cómico”; Depuch y Bailly recogieron muestras minerales y los astrónomos llevaron a cabo sus estudios en el observatorio que instalaron en el domicilio del señor Carta. Con todo, los



Vista de la costa de Anaga desde unas cuatro leguas marinas.



Manuscrito de Baudin con un dibujo de la costa de La Palma.

resultados de la escala en Tenerife fueron desiguales, a tenor de los comentarios que realizaron varios naturalistas. Mientras el jardinero jefe Riedlé –cuyo afán por conseguir un ejemplar de *Eranthemum salsoides* puso en peligro su vida– y el zoólogo Levillain recogieron numerosas muestras que enviaron a través de una embarcación española al Museo de Historia Natural de París, otros, como Bory de Saint-Vincent, se lamentaron de las condiciones de la escala y de su corta duración. Concretamente, este naturalista vio truncados sus planes de efectuar la ascensión al Teide debido, principalmente, a la incertidumbre en cuanto al momento de partida, anunciado siempre para ese mismo día o para la mañana siguiente. Sí logró, sin embargo, elaborar un catálogo con 467 especies vegetales que, aunque incompleto, ha constituido un referente obligado para investigaciones posteriores.



Al margen de las cuestiones científicas, los naturalistas también emplearon la escala para visitar algunos puntos de la isla. Si la costa de Santa Cruz de Tenerife, con barrancos profundos y estériles, ofrece un aspecto desolador para los viajeros, la parte septentrional de la isla, húmeda y frondosa, es, no obstante, merecedora de todos los elogios. Allí una de las ciudades más apreciadas fue La Orotava, debido, entre otras cosas, a la proximidad del Jardín Botánico, al que Baudin entregó unas semillas que había traído de Francia. La preferencia de estos visitantes por los lugares ricos en vegetación es tan acusada que, a menudo, las detalladas descripciones de los elementos que componen la naturaleza predominan sobre otras realidades. Por esta razón la ciudad de La Orotava, situada en un enclave de especial belleza, es siempre abordada en función de su localización y le sirve a Milbert de pretexto para recrear un escenario próximo a la literatura mitológica:

Elevadas montañas cubiertas de nieve que proporcionan agua en abundancia descienden suavemente hacia el mar formando colinas risueñas cubiertas de una vegetación vigorosa. Un cielo puro y sereno, vientos frescos, días casi idénticos a las noches, flores todo el año y árboles adornados con un eterno follaje. Estos son los encantos de La Orotava donde solo reinan, por así decirlo, dos estaciones, la primavera y el otoño.

Desde esta localidad se divisa el Teide, uno de los elementos más representativos del Archipiélago, no solo por su dimensión simbólica, sino también por haber constituido un objeto de estudio constante para diferentes ramas de la ciencia. Culminar su ascensión constituyó uno de los retos ineludibles para los naturalistas –“Un viajero, cuando ha permanecido once días en Tenerife, debe temblar al confesar que no ha visitado lo más destacado de la Isla” (Bory de Saint-Vincent)– y ninguno quedó defraudado con el espectáculo que contemplaban sus ojos. Su emplazamiento, su silueta, su naturaleza volcánica y, por supuesto, su altura provocaron palabras de admiración y dieron lugar a los pasajes más espontáneos y apasionados de los relatos: “He aquí el famoso Pico en toda su *majestad*. ¡Qué espectáculo! ¡Qué imponente y sublime! Quedé deslumbrado y tuve que

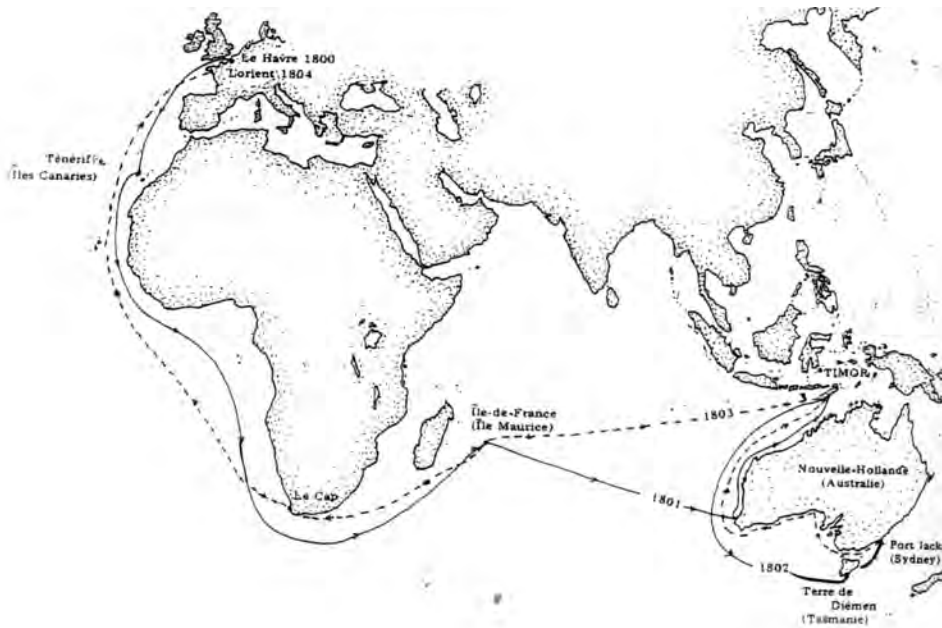


taparme los ojos con la mano" (Milbert). Péron, por su parte, que discrepa de las declaraciones de aquellos que afirman que se trata de la cumbre más elevada del globo, sí encuentra, en cambio, argumentos que justifican su superioridad frente a otras montañas:

Esta montaña, sin duda, no es la más alta del globo, como a menudo han repetido viajeros demasiado entusiastas o demasiado ignorantes [...] pero, hay que reconocer que el aislamiento de este pico en medio del mar, la presencia de las islas famosas que anuncia desde lejos, los recuerdos que trae a la memoria, las grandes catástrofes que proclama, y de las que él mismo es una prodigiosa consecuencia, todo contribuye a darle una importancia que no podrían tener las otras montañas del globo.

Por lo que respecta a la descripción de la población, en líneas generales no es muy halagüeña y entronca con el arquetipo del canario, marcado por su nobleza y hospitalidad, entremezclado, por lo general, con tópicos sobre la pobreza, la suciedad, la mendicidad o la prostitución. Son frecuentes las referencias al espectáculo deplorable que supone la presencia en las calles de menesterosos, prostitutas y niños en pos de unas pocas monedas. E incluso es posible encontrar un cierto tono jocoso en algunos comentarios, como el de Milbert, que afirmaba haber visto a unas prostitutas encaminarse a la iglesia con un rosario en la mano. Estas declaraciones eran, a menudo, demasiado superficiales e ignoraban la situación de penuria económica que vivía la región, agravada por la emigración masculina a América y la consiguiente situación de desamparo de la mujer que, sin apenas recursos económicos, debía sacar adelante a sus hijos. Asimismo, son muy numerosas las referencias a la mujer canaria y a su belleza, que reside principalmente en el color negro de sus ojos y de su cabello y en la blancura de sus dientes.

El 14 de noviembre de 1800 las naves pusieron rumbo a Isla Mauricio, que solamente alcanzarían el 15 de marzo de 1801. Para algunos viajeros, entre ellos Péron, la ruta elegida por Baudin, muy próxima a las costas africanas, no fue la más adecuada y retrasó considerablemente la marcha de las naves. En Isla Mauricio quedó demostrado, una vez más, el ambiente enra-



Itinerario de la campaña a tierras australes.

recido y tenso que se vivía a bordo, pues nada menos que diez científicos y unos cuarenta marineros abandonaron la exploración, aduciendo, muchos de ellos, motivos de salud. El 25 de abril, tras una estancia que también se había prolongado más tiempo de lo previsto, zarparon de la isla y, a finales de mayo, avistaron las costas australianas. Las condiciones climatológicas, los cambios en los planes previstos –de los que Baudin no informaba a su compañero Hamelin– y las diferentes cualidades de marcha de las naves fueron la causa de su separación en varias ocasiones. Así, por ejemplo, el 22 de agosto de 1801 *Le Géographe* echó el ancla en el puerto de Kupang, en Timor, mientras que *Le Naturaliste* no podría hacerlo hasta un mes después. Al cabo de tres meses la expedición alzó velas y se dirigió hacia Tasmania. Hamelin, de nuevo separado del *Géographe*, llegó a Sidney en abril de 1802, mientras Baudin exploraba la parte oriental de la costa sur australianas, la menos conocida, a la que bautizó “Tierra Napoleón”. Por fin, el 20



de junio de 1802 Baudin llegó a Port Jackson (Sidney), aunque sin agua ni alimentos y con muchos hombres enfermos de escorbuto. La precaria salud de varios tripulantes y el convencimiento de que una embarcación de menor tonelaje le sería más útil decidió al comandante a enviar a Francia *Le Naturaliste* –que arribó a El Havre el 7 de junio de 1803 con los hombres enfermos, las colecciones de historia natural, los mapas y las observaciones redactadas– y a adquirir la goleta inglesa *La Casuarina*, cuyo mando recayó en Louis Freycinet. En noviembre de 1802 Baudin abandonó Sidney para proseguir la exploración del litoral. El progresivo agravamiento del estado de salud de los hombres y la falta de agua y medicamentos le llevaron a ordenar el regreso a Europa el 7 de julio de 1803. Sin embargo, su salud le obligó a dirigirse de nuevo a Isla Mauricio, adonde llegó el 27 de agosto para, enfermo de tuberculosis, fallecer poco después, el 16 de septiembre de 1803. Allí, donde también se conserva el testamento del capitán, *La Casuarina* fue desarmada.

Finalmente, en marzo de 1804 concluyó una expedición difícil y penosa en extremo, en la que más de la mitad de la tripulación había perecido. No obstante, desde el punto de vista científico fue considerada, durante mucho tiempo, modélica. Así lo atestiguan los treinta y dos mapas de costas australianas, las 206 cajas de historia natural que contienen más de 23.000 muestras, las 2.500 nuevas especies de animales, entre ellos los canguros, y los 1.500 dibujos y pinturas de animales vivos realizados por Nicolas Petit y Charles Alexandre Lesueur. Igualmente, fueron de gran relevancia los estudios de meteorología, oceanografía e hidrografía, así como la valiosa colección de objetos personales, pendientes, anzuelos de nácar, etc., que fue entregada a Josefina Bonaparte. Las anotaciones del diario de a bordo de Baudin permitieron, además, obtener resultados relevantes para el estudio de las corrientes marinas, los cambios de color en el agua o la bioluminiscencia.

Como ya señalamos con anterioridad, de este periplo se conservan numerosos documentos. Además del relato oficial del viaje, de cuya redacción se encargó Péron y, tras su muerte, Freycinet, varios miembros de la campaña redactaron su experiencia, incluso aquellos que la abandonaron, como Bory de Saint-Vincent, Milbert o Milius (si bien este último se reincor-



poró a la empresa desde Isla Mauricio y a la muerte de Baudin asumió el mando de *Le Géographe*). Por lo que concierne a los manuscritos, se conservan, principalmente, en el Museo de Historia Natural de El Havre, en los Archivos Nacionales de Francia y en el Museo Nacional de Historia Natural de París.

Enlazando con lo que apuntamos al principio de este trabajo en lo referente al conocimiento, más o menos restringido, de la expedición a tierras australes y sus protagonistas, en un futuro próximo verán la luz varios proyectos que, sin duda, contribuirán a la divulgación de esta campaña en un público amplio. Nos referimos, en particular, a la publicación del cómic *Alex l'Explorateur*. Inspirado en la figura del dibujante Alexandre Lesueur, los autores de la obra –Boistelle, Chabannes y Rinsma– tienen previsto varios tomos con las aventuras de este viajero, entre ellas, las ocurridas durante su viaje de descubrimiento al continente austral.

Selección bibliográfica

- BONNEMAIS, Jacqueline (2000). *Mon voyage aux Terres Australes. Journal personnel du commandant Baudin*. París: Imprimerie Nationale Éditions.
- G. DE URIARTE, Cristina (2006). *Literatura de viajes y Canarias. Tenerife en los relatos de viajeros franceses del siglo XVIII*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- JANGOUX, Michel (2007). "En la ruta hacia las Tierras Australes: la escala en Tenerife de las naves del comandante Baudin". José M. Oliver, Clara Curell, Cristina G. de Uriarte y Berta Pico (eds.), *Escrituras y reescrituras del viaje. Miradas plurales a través del tiempo y de las culturas*. Berna: Peter Lang, 309-320.
- PICO, Berta y Dolores CORBELLA [dir.] (2000). *Viajeros franceses a las Islas Canarias. Repertorio bio-bibliográfico y selección de textos*. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios.